

Crisis de valores Bopistas

Por J. M. Fonollosa

El jazz ha tomado variadísimos derroteros, muchos de ellos atolondradamente, con exceso de prisa, pasando de modo superficial sobre diversos estilos, sin detenerse en alguno para sentar una profundidad, sino, al contrario, apenas entrevistas sus posibilidades, yendo a la búsqueda de un nuevo camino.

La insatisfacción es la inquietante tónica de la creación jazzística. Y ahí precisamente encontraremos las causas de la escasa calidad de la mayoría de grabaciones e interpretaciones. Esta insatisfacción hacia un estilo determinado y su evolución hacia otro campo de experimentación, sólo significa que el músico-creador no se encuentra a gusto en aquella forma de expresión, puesto que su mayor goce sería permanecer en lo que le colma. Mal podrá, pues, producir algo realmente apreciable aquél que se encuentra incómodo o no plenamente identificado con lo que trata de realizar.

Por ello los "negro spirituals" y "blues", los dos más firmes pilares de la música de los negros norteamericanos, tienen una solidez no igualada ya en las posteriores derivaciones jazzísticas. Porque ambos estilos obedecían a una vitalísima necesidad interior —racial si se quiere—, profundamente arraigada en su espíritu. La derivación blanca de la gran orquesta, aunque tuvo en los negros la consecución de las mejores obras, no hizo más que complicar las cosas llevándolos a un campo sofisticado.

Y sentado este largo exordio, entremos de lleno en la cuestión. Soy de los que creen sinceramente que el be-bop es uno de los caminos que más perspectivas abre al músico de jazz. Por ser una de las principales características del jazz, la improvisación (desarrollar una creación sobre un tema cualquiera dado), el be-bop representa una ampliación de los medios expresivos y renovación de las posibilidades de improvisación de todos los temas por la vía atonal. El estilo entra pues, de lleno en el terreno jazzístico.

Ahora bien, el gran defecto del be-bop, no es imputable al estilo, sino a la carencia de hombres de talla que demuestren de modo eficaz la valía del mismo. Ni Gillespie, ni Parker, tienen la categoría necesaria —con ser mucha la de este último—, para demostrar las auténticas posibilidades del estilo. Nadie ha logrado todavía elevar a la catalogación de arte las interpretaciones de tipo bopista; producir la emoción estética en la obra perdurable, que deje indeleble huella en el espíritu oyente. Sólo los técnicos nos han mostrado los recursos virtuosistas que pueden extraerse, pudiendo, como máximo, producir una sensación de novedad entre los menos avisados de las modernas



Charlie Parker

corrientes musicales de nuestro tiempo, confundiendo —quizás sinceramente en la apreciación de su particular escala de valores—, esta atracción por la novedad con la emoción artística en su real sentido.

Los escasos seres que buscan en el jazz, la voz nueva en la expresión musical —el poético realismo de nuestro momento—, no pueden lanzar las campanas al vuelo para celebrar el be-bop. Pueden, eso sí, intuir su importancia, pero no se podrán comprobar sus efectivas realidades en tanto no surja en este estilo, actualmente y siempre hasta ahora en crisis de valores, el genio que marque las normas esenciales, mostrando que el nuevo camino vale la pena de ser transitado. Pero mientras su genio representativo no aparezca, que los mediocres continúen con sus engañosas realizaciones y vayan intentando abrir nuevas sendas musicales, forzando la evolución de un arte en formación. Por sí mismos un día descubrirán la espléndida novedad que se encontraba en el aliento new-orleaniano. Y quizás entonces, encauzado el jazz por su lógico desarrollo, pueda constituir ese elemento importantísimo en el arte musical que sólo unos cuantos han entrevisto en un reducido número de intérpretes y grabaciones de los negros norteamericanos.